Domingo 26 julio 2009
El Evangelio de Hoy

Jn 6,1-15

Tú abres la mano y sacias a todo viviente

Este domingo y los próximos cuatro domingos dejaremos el Evangelio de Marcos, que estamos leyendo este año, para tomar en la Liturgia de la Palabra la lectura continuada del capítulo VI del Evangelio de Juan. Este capítulo se caracteriza por el discurso sobre el Pan de Vida que Jesús pronunció en la sinagoga de Cafarnaúm. Pero está introducido por dos episodios: la multiplicación de los panes y la caminata de Jesús sobre el mar. Este domingo la liturgia nos propone el primero de esos episodios.

«Mucha gente seguía a Jesús, porque veían las señales que realizaba en los enfermos». Se trata de las curaciones milagrosas que Jesús realizaba. El evangelista las llama «señales», porque revelan algo más profundo que un simple poder taumatúrgico. Nicodemo se acerca a la interpretación verdadera cuando dice a Jesús: «Rabbí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar las señales que tú realizas si Dios no está con él» (Jn 3,2). Nicodemo, a quien Jesús da el título de «maestro en Israel», reconoce a Jesús como «maestro venido de Dios» y viene a hablar con él de igual a igual. A poco andar deberá reconocer que Jesús habla sobre «cosas del cielo». Una de esas cosas es que «tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16). Esto es lo que se debe comprender al ver las «señales» que hacía Jesús. Lo declara el mismo evangelista como el objeto de su escrito: «Jesús realizó en presencia de los discípulos otras muchas señales que no están escritas en este libro. Éstas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre» (Jn 20,30-31).

«Al levantar Jesús los ojos y ver que venía hacia él mucha gente, dice a Felipe: "¿Donde vamos a comprar panes para que coman éstos?". Se lo decía para probarle, porque él sabía lo que iba a hacer». Se está preparando otra señal, la multiplicación de los panes, que es tan relevante que no sólo se conserva en los cuatro Evangelios, sino también en dos de ellos –Marcos y Mateo–, duplicado. Nadie ignora, aunque tenga un mínimo conocimiento del Evangelio, que Jesús realizó ese milagro. «Tomó entonces Jesús los panes –cinco panes y dos peces– y, después de dar gracias, los repartió entre los que estaban recostados... todo lo que quisieron». ¡Se saciaron a su placer!

La gente sacó sus conclusiones: «Al ver la gente la señal que había realizado, decía: "Este es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo"». Pero todavía están a ras de tierra, pues «intentaban venir a tomarlo por la fuerza para hacerlo rey». En esa señal tenían que comprender que Jesús estaba revelando su naturaleza divina al dar cumplimiento a lo escrito sobre Dios: «Los ojos de todos están fijos en ti, esperando que les des el alimento a su tiempo; abres tú la mano (se refiere a Dios) y sacias a todo viviente a su placer» (Sal 145,15-16). Esto es lo que hizo Jesús.

Los contemporáneos de Jesús no comprendieron esa señal. Que Dios nos conceda a nosotros comprenderla, como la comprendieron los apóstoles, que la trasmitieron, y como la comprende hoy la Iglesia. La multiplicación de los panes no sólo es señal de la divinidad de Jesucristo, sino también signo de otro alimento que él nos ha dado, un alimento de vida eterna que comunica a quienes se nutren de él la vida divina que él posee. Lo dice solemnemente Jesús en una de esas declaraciones suyas en primera persona que leemos en este mismo capítulo: «Yo soy el pan de vida» (Jn 6,35).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles